

TRIBUNA ABIERTA



IGOR BARRENETXEA MARAÑÓN *

Un recuerdo de cine de la Guerra Civil (I)

En un libro reciente se puede leer "la guerra no es la de 1936, sino la que nos han contado nuestras familias". La dinámica política acerca de la conmemoración del año 2006 como año de la Memoria Histórica y la celebración a finales de ese mismo año del Congreso de la Guerra Civil en Madrid, al que tuve el placer de asistir, lleva consigo aparejado un aspecto fundamental de la labor histórica, la amplitud de puntos de vista existentes sobre el pasado. Sin embargo, en lo tocante al saber histórico siempre se ha relajado o se ha minusvalorado la presencia del cine de ficción en este campo. El cine es otra manera de contar el pasado. Estas palabras vienen de la mano de reivindicar el cine como un precursor social incluso de debates históricos que los investigadores han centrado, sobre todo, a nivel historiográfico. El cine ha contemplado el devenir histórico desde su punto de vista muy personal, afín a una ideología, afín a una época, al cambio social, afín al punto de vista del director (la obra del historiador Román Gubern sobre *La guerra civil en la pantalla* nos lo tipifica).

La Guerra Civil, sin duda, ha ocupado un lugar destacado tanto a nivel histórico como filmico. Pero frente a la creencia de aquellos *buscadores* de verdades, el cine ha sabido sensibilizarse de una manera más natural con aquellos que sufrieron la guerra y con aquellos que han querido rescatarla y recuperarla no con un afán revanchista, ni mucho menos, sino por dignidad personal. Además, es una forma de que las nuevas generaciones se acerquen didácticamente al pasado. Dos películas actuales pueden ser, a mi entender, los referentes importantes de esta sociedad española, *La hora de los valientes* (1998) de Antonio Mercero y *El viaje de Carol* (2002) de Imanol Uribe. Al margen de sus valores artísticos debemos de pensar en ellas desde su contraste, una se hace eco de la vida madrileña en la retaguardia republicana durante la contienda, la otra, en cambio, traduce el modo en el que se vivió la guerra en la zona nacional, en un pueblo inconcreto de la meseta castellana. El valor del cine más allá de su rigor histórico viene encadenado a la reflexión que hace del pasado. En ambos casos, el papel de la infancia cobra un protagonismo elocuente, sobre todo en el filme de Uribe. Y, en ambos casos, se va a hablar de las represalias. Si algo tienen en común es hacer de la contienda un lugar de encuentro del presente.

Los dos directores se plantean cómo enfocar la Guerra Civil casi seis décadas más tarde. El modo en el que afectó a la generación de niños es lo que nos sensibiliza abiertamente con esta tragedia humana. Al margen de las pasiones, de las ideas de ambas tramas está el modo en el que se trunca de forma violenta la infancia.

El cine no es inocente pero el aspecto de los niños sí lo es cuando mueren, sufren o ven cómo los adultos se dejan llevar por el rencor, el odio y la venganza; ellos son mucho más inocentes al respecto, más capaces de perdonar, más capaces incluso de distinguir entre el juego y la cruda realidad. Por eso, el cine debe de ser entendido desde una óptica, no sólo del mero entretenimiento, sino de su importancia referencial por-

"En 'La hora de los valientes' Mercero utiliza como mecanismo de la acción el traslado de las obras de arte del museo de El Prado, debido a los bombardeos por parte de los aviones nacionales de la capital madrileña"

que nos sugiere cómo la sociedad se acepta o no a sí misma, cómo se reconoce o cómo no se reconoce en la pantalla. El cine actual en Alemania, por ejemplo, ha empezado a tratar el fenómeno del nazismo con una plenitud de matices. La conciencia alemana despierta con filmes como *El hundimiento* (2005), *Sophie Scholl* (2005) o *Napola* (2005), que recomiendan encarecidamente que se alquile en cualquier videoclub, pues todas ellas son una reflexión de cómo pervirtió el nazismo a la sociedad alemana.

En este caso, las dos películas citadas para la historia española nos van a ilustrar sobre los contendientes de la Guerra Civil pero, sobre todo, van a indagar en los aspectos humanos de ella. Bien podemos reprochar al cine de ser particularmente pobre en comparación con los densos trabajos históricos al uso, si bien, obviada la distancia, el cine alcanza a sensibilizarnos de una manera más directa y vivencial sobre lo ocurrido. En *La hora de los valientes* Mercero utiliza como mecanismo de la acción el traslado

de las obras de arte del museo de El Prado, debido a los bombardeos por parte de los aviones nacionales de la capital madrileña. En el traslado se olvidan de un pequeño autorretrato de Goya que corre el riesgo de ser destruido. Sin embargo, Manuel, un joven anarquista que cuida de la sala, admirador del pintor, lo rescata y lo esconde. No hay duda de que Goya encarna la identidad española, en plena conmemoración de los doscientos años del levantamiento contra los franceses y, siendo el artífice de los cuadros y grabados sobre los horrores vividos en la Guerra de la Independencia, encarna como ningún otro el valor simbólico de la tragedia española. Obviamente, ni hubo tal pérdida en el museo ni existió Manuel, pero toda la serie de vicisitudes que acompañan su historia recrean la vida en la retaguardia republicana, el hambre, la emergencia de los fanatismos y sectarismos, sin olvidarnos de la represión, que encarnan en una escena de enorme impacto de unos niños al jugar a los fusilamientos.

En *El viaje de Carol*, por el contrario, se nos presentará a través de los ojos de una niña, Carol, el modo en el que se vive en la retaguardia nacional, miedos, paseos, represión, silencio y esa falta de libertad vital que se traslada en una escena cuando un sacerdote se queda escandalizado porque ve a una mujer fumando. El cine recoge muy bien una época y el dolor de haber caído en el extremismo que hace de la fragilidad de la condición humana su mayor víctima y, sobre todo, impregna o destroza sin piedad la inocencia de los más jóvenes. Tanto uno como otro filme hablarán de una *tragedia colectiva*, en la que la guerra en sí misma se afana en sacar lo peor (y, a veces, lo mejor) de todos y cada uno de nosotros. La Guerra Civil se convierte así en un territorio en el que el cine nos puede dar una toma de conciencia adecuada, pues frente a quienes pretenden creer que en una guerra hay buenos y malos, hasta el mismo cine lo demuestra. Así, el fallido golpe de Estado impulsado por los militares no trajo la paz ni el orden, sino la destrucción y, sobre todo, las heridas que aún nos está costando mucho cicatrizar una vez perdimos la inocencia de la niñez. El cine se convierte en una clave para entender la Historia y la necesidad que tenemos de democratizar nuestra memoria.

* Historiador